

### MAX JIMÉNEZ HUETE

«Max Jiménez fue un creador de indudable fuerza telúrica, que, con su primitiva estética, aprisionó en el arte nuestra negra, vital y eterna musa.»

En los tiempos modernos, ha resurgido un merecido reconocimiento tanto local como internacional hacia este gran artista, quien fue pintor, escultor, dibujante, grabador, poeta, escritor, fotógrafo y periodista y, además de alternar todo este potencial intelectual con faenas agrícolas y ganaderas, llevó una aniquilante bohemia.

Max Jiménez Huete nació en San José, Costa Rica, el 16 de abril de 1900. Al celebrarse el centenario de su nacimiento, se perfila como el tico más representativo en el arte del siglo XX.

Max cursa su secundaria en el Colegio Seminario y la concluye en 1917. Luego, en 1919, parte hacia Inglaterra, donde se matricula en una carrera comercial, que dos años más tarde abandona por los estudios del arte en las técnicas de dibujo.

En 1922 instalado en París, continúa su carrera artística e interesado en la escultura, fue discípulo de José de Creeft y de Bourdelle. A raíz de una exposición, de doce esculturas y algunos dibujos en la Galería Percier, en 1924, se da a conocer formalmente como artista y obtiene una crítica elogiosa de Gustavo Kahn.

\* Artista polifacético costarricense dedicado exclusivamente a la creación Musical, Pictórica y Literaria. Comparte esta actividad con la de Organista y Pianista acompañante de cantantes e instrumentistas. Licentia Docendi e integrante de la Corporación de maestros del Colegio de Artes Plásticas, es Miembro del Consejo Académico en Música, Catedrático de la UACA, Profesor en el Conservatorio de Castilla y en la Escuela Franklin D. Roosevelt.



Se interesa igualmente por la pintura y, a regresar a Costa Rica, por la literatura, iniciándose en narrativa con «Ensayos» de 1926. Aparecer varios artículos suyos en el Diario de Costa Rica y en la revista Repertorio Americano, estimulado por don Joaquín García Monge. Asimismo, publica en 1928, la novela «Unos Fantoques», que provoca un escándalo y de la que manda a retirar la edición. En París edita su libro «Gleba» (1929), en Madrid publica «Sonaja» (1930) y Quijongo (1933), va a Cuba y en La Habana hace una exposición de pinturas y además, publica «El domador de pulgas» (1936). Escribe también «Revenar» (1936), «Poesía» (1936), «Candelillas», que sería editada por la Editorial Costa Rica en 1965, y «El Jaúl» (1937), además de crear en otros campos del

quehacer artístico. En las letras rompió con todas las normas académicas y se propuso una obra revolucionaria y americana, de gran libertad en la poesía y original en la novela y en el ensayo, en los que llega al naturalismo. Su mejor obra literaria es sin duda «El Jaúl», novela, o más bien una serie de cuadros de la vida y costumbres de los campesinos de la región de San Isidro de Coronado, en la que tenía su hacienda. Es notable en este libro la descripción del paisaje de altura y el lenguaje campesino, identificados ambos con la tragedia de los personajes. Meritorio es también su libro «El domador de pulgas», de prosa fuerte y satírica, que mereció el elogio de Gabriela Mistral. De «El Jaúl» el escritor dijo: «Mi libro no se produce en antepasados sino entre barriales y montañas». Y don Abelardo Bonilla, en su Historia de la Literatura Costarricense, expone: «En un estilo de gran fuerza descriptiva y en diálogos crudos de terrible naturalismo, el autor nos sitúa en un mundo real y humano -exagerado quizá- en el que la inclemencia de la tierra húmeda se suma al primitivismo de las pasiones, intensificadas por el licor, por la ignorancia y por la enfermedad. La visión sombría y el pesimismo hacen de «El Jaúl», antes de los libros de Carlos Luis Fallas, la única obra naturalista de nuestra literatura. Valga decir, que la Editorial Stvdivm, de la U ACÁ., editó en 1982, la Obra Literaria de Max Jiménez, con Presentación del Rector don Guillermo Malavassi Vargas. Max Jiménez viajó mucho, visitó las principales capitales de la época y se relacionó con gente que llegó a ser muy importante, como Miguel Ángel Asturias, César Vallejo, Carmen Lyra, Ramón del Valle-Inclán, Teresa de la Parra, Concha Espina, David Alfaro Siqueiros, ...

Su obra plástica se compone de cerca de 50 pinturas autenticadas por su rúbrica, poco más de una decena de esculturas y otros tantos dibujos. Así mismo, el dibujo constituyó la pasión de toda su vida. Ya lo dijo el gran maestro costarricense Enrique Echandi (1866-1959):

Por ser las líneas los componentes gráficos de los cuerpos, y sin el conocimiento exacto y preciso de cada una de estas, en sus dos valores: Intrínseco (belleza) y relativo (posición en el plano y

dimensión), la resolución no puede ser correcta ni provechosa...

Max Jiménez fue un enamorado del desnudo femenino y en la técnica del óleo con el recurso de veladuras, lo pintó así: La hembra integral e inmensa, la madre naturaleza, serena y plácida a veces, y juguetona y vibrante sobre playas marinas en otros momentos. Pero en todas se refleja una misma característica: La mirada triste y melancólica, expresión de los peculiares ojos del artista, que se distinguen en fotos de la época.

Jiménez se aventuró en el mundo de la creación artística con vigorosa originalidad y adoptó tendencias vanguardistas de principio de siglo. Él mismo dijo: «La obra de arte es un esfuerzo puesto sobre el tiempo, siempre trascendental desde el punto de vista de la creación». Empero, en su estilo pictórico se reconoce la influencia del Picasso de los años 20, (Ver «Picasso, auténtico genio del arte moderno», en ARTISTAS del Acta Académica Número 24); por el fondo apresuradamente esbozado que acentúa el contraste del color, el cuello hipertrofiado, la composición con una perspectiva no lineal y la mirada perdida, recuerda a Modigliani (1884-1920); y coincide con Soutine (1894-1943), cuando la semejanza es de índole formal y carga el color de sustancias vegetales que le permiten amalgamar emociones y pasiones, propias del testimonio personal.

Dos ascendencias son definitivas en su obra: Lo indígena mesoamericano y lo afro-cubano; co-incide en su búsqueda con autores europeos que actualizan, por su modernidad, la escultura precolombina y africana. De ahí que en esa línea procura trasladar lo monolítico de su escultura a los campos pictórico y dibujístico, irrumpiendo con una temática de féminas de rasgos negroides y corpulentas, que rayan por un lado en el gigantismo y por otro en la estética de lo grotesco, que consiste en deformar las figuras.

Algo significativo de Max Jiménez es que, aunque adinerado, nunca se comercializó, no hizo pieza alguna para vender, sino que la meta de su existencia giró en torno a la genuina creación: El triunfo de lo auténtico sobre lo decorativo y artificial.

Por otra parte, si bien produjo un trabajo excelente, jamás vendió en vida ni un solo cuadro de sus exposiciones.

La Asociación Cultural Max Jiménez Huete, protege, organiza y difunde desde hace varios años, la obra completa de este artista plástico-literario costarricense. Con producción del Museo de Arte Costarricense y coproducción del Centro Gandhi de la Universidad para la Paz y Área 51, bajo la dirección de Andrés Heindenreich, recientemente se editó sobre su persona, el vídeo «Al borde del abismo». Pienso que esta iniciativa de revaloración de nuestros talentos artísticos, iniciada con Max Jiménez, constituye todo un reto al moderno ambiente cultural costarricense, porque se estudia y se aprecia en toda su dimensión la vida y obra de los grandes ticos del pasado.

I Max Jiménez Huete, que se ubica en lo que se ha llamado vanguardias heroicas: La generación de creadores entre guerras, murió en Buenos Aires, Argentina, el 3 de mayo de 1947, mientras atravesaba por una profunda depresión.

\*\*\*\*\*

## GEORG FRIEDRICH HANDEL

¿Qué persona no vibra con los maravillosos sonidos de su *Water Music* («Música náutica»)?



Georg Friedrich Händel

Este coloso de la música nació en Halle, Sajonia, el 23 de febrero de 1685, el mismo año del nacimiento de Johann Sebastian Bach (Ver «Artistas» del Acta Académica N° 26). Compositor alemán, naturalizado inglés. Tuvo como maestros a Krieger, Beer y W. Zachow, conoció a Brockes, a Telemann y a los oboístas Michel y Johann Georg Hyntzch, para los que compuso seis tríos. En 1703 fue a Hamburgo, donde ingresó en la orquesta de la Ópera. Viajó por diversas ciudades italianas, donde obtuvo grandes éxitos como virtuoso del órgano. Al ser nombrado maestro de capilla en Hannover, pidió la excedencia y se trasladó a Londres, donde se hizo cargo de la Ópera italiana. En Londres, Händel obtuvo un verdadero triunfo con el Tedeum que compuso para solemnizar la paz de Utrecht.

También tuvo una importante participación en las actividades de la recién fundada Royal Academy of Music, espléndidamente dotada y cuyo objeto era fomentar el género operístico. Su estancia en Londres fue interrumpida por viajes a Hannover y a Italia, en busca de colaboradores. Dirigió el Teatro de Haymarket con Bononcini y Ariosti y tuvo que hacer frente a toda clase de intrigas y rivalidades entre los actores, hasta que la compañía acabó por dispersarse. Trabajó después para el director escénico Heidegger y se ocupó del Covent Garden, rivalizando con Hasse y Porpora. Hizo una cura de reposo, muy breve, en Aquisgrán, y al poco tiempo volvía a estar en Londres, donde la muerte de la reina Carolina le dio ocasión de componer un Anthem que se consideró una de sus mejores obras. Aún intentó reanudar sus representaciones de ópera, pero sin mucho éxito. Tras una lucha de veinte años, abandonó decepcionado esta forma musical y se dedicó casi exclusivamente al oratorio. En sólo veinticuatro días, compuso el oratorio «The Messiah», que fue estrenado en Dublín en 1742 y produjo tanta emoción que, al llegar el coro al Aleluya final, todo el auditorio, en el cual se encontraba el rey, se puso en pie, movido por la euforia y el entusiasmo. Händel escribió un total de 40 óperas, entre las que destacan: «Agrippina» de 1707, «Rinaldo» de 1711, «¡7 pastor /ido» de 1712, «Amadigi» de 1715, etc. De sus 32 oratorios, considerados algunas obras maestras, destacan: «El Mesías» ya citado y cuyo número más conocido,

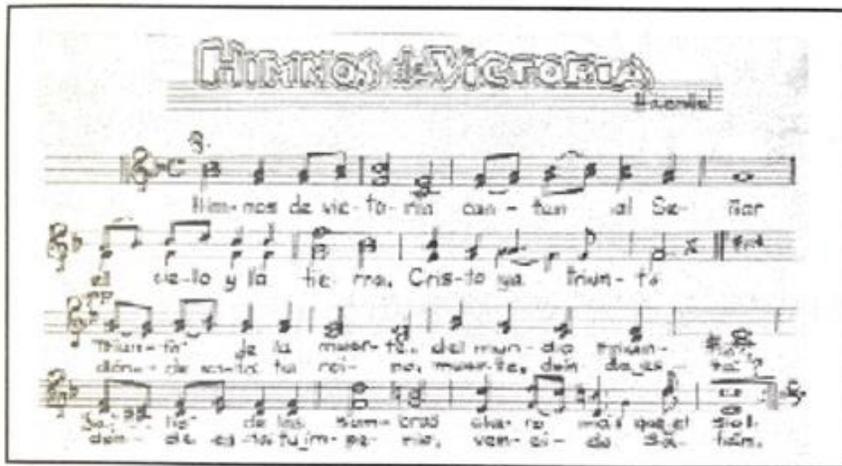
el mencionado Aleluya, es una alabanza al reino de Dios omnipotente y al eterno Señor Jesucristo; «Ester» de 1720 y completado en 1732, «Saúl» e «Israel en Egipto», ambos de 1738, y «Judas Macabeo» de 1746. Escribió, además, gran cantidad de música de cámara: Motetes, Tedeums, Conciertos para orquesta, *Concerti grossi*, etc. Este genial maestro destacó por la habilidad con que sintetizó las más diversas corrientes musicales de su época y por su aportación a la ópera, ya que introdujo una nueva riqueza sinfónica en los intermedios y una cierta sinceridad humana en los recitativos. Compuso en un estilo lleno de nobleza, de potencia y de majestad.

Hombre de asombroso dinamismo, aun ciego a causa de cataratas que le aparecieron en 1752, mientras componía su último oratorio «Jephtha», no dejó de dar conciertos e interpretar la parte de órgano de sus obras. Esto aconteció cuando Händel frisaba los 67 años y aún estuvo en pie siete años más. Por eso estimo también, que este personaje es un verdadero ejemplo para Costa Rica y el mundo.

Por espacio de un siglo, las obras de Händel influyeron de manera significativa a los compositores ingleses, principalmente los del siglo XIX, que siguieron más o menos sus huellas y, por influencia de este autor, el oratorio llegó a convertirse en la especialidad musical inglesa. Por lo demás, Händel se identificó tanto con la vida inglesa, que llegó a anglicanizar su nombre por Händel. Los propios ingleses llegaron a honrarlo como un compatriota, y a la hora de su muerte fue sepultado junto al famoso compositor inglés Henry Purcell, en la abadía de Westminster. Así también se recuerda que la casa donde falleció el 14 de abril de 1759, situada en Brook Street, Grosvenor Square, en Londres, Inglaterra, se conservó como un monumento nacional, y existía aún al estallar la Segunda Guerra Mundial en 1939.

En las Iglesias Católicas de C.R., la gran cantidad de organistas, cantantes y feligreses, se regocijan al interpretar -entre otras melodías handelianas las sublimes notas de «Himnos de Victoria», partitura que se transcribe al final de este artículo.

Por otra parte, creo que en la partida terrena de este genial autor y a manera de epitafio, perfectamente se pudo, decir: «El hombre Händel se extinguió, pero el Händel compositor, vivirá con su excelsa música por los siglos de los siglos».



Partitura Himnos de Victoria